LOS MODELOS EN TEOLOGÍA

JOSÉ MORALES

1. El uso de *modelos* prolifera actualmente en la ciencia teológica. Los títulos de numerosas monografías publicadas en los últimos años nos informan bien a las claras de la presencia creciente de modelos en el desarrollo de los métodos de la teología.

Entendemos aquí por modelo una construcción o categoría conceptual, tomada de la experiencia y de la historia, que sirve para interpretar o dilucidar el sentido de un misterio de la fe cristiana.

La idea y el empleo de modelos en teología deriva de las ciencias físicas, en las que se suele denominar modelo a un conjunto de nociones y de interpretaciones con las que se trata de comprender un fenómeno[1]. Los modelos han venido a desempeñar en física una función cada vez más importante, especialmente a partir del colapso de la idea de que las leyes físicas eran descripciones más o menos literales del comportamiento e interna estructura de la naturaleza misma.

Los Modelos han sido aplicados a las ciencias humanas, hace algunas décadas, por filósofos del lenguaje y de la religión, entre los que sobresalen Ian T. Ramsey[2], Frederick Ferré[3], y Max Black[4].

El uso de modelos en teología, como instrumento metodológico deliberado de análisis y clasificación, data de los años setenta. El norteamericano Robert P. Scharlemann publica en 1973 un breve ensayo que puede considerarse como una de las primeras justificaciones o explicaciones del *modelo* teológico[5]. Propuestas como las de

1. Ian Barbour define el modelo como «an organizing image wich gives a particular emphasis, enabling one to notice and interpret certain aspects of experience». Cfr. *Myths, Models and Paradigms*, N.York 1974, 17.
2. *Religious Language. An empirical placing of theological phrases*, London 1957.
3. *Language, Logic and God*, N.York 1961 (Chicago 1967).
4. *Models and Metaphors*, Ithaca 1962.
5. *Theological Models and their construction*, «Journal of Religion» 53 (1973) 65-82.

David Tracy[6], Peter Schineller[7], y Thomas F. O'Meara[8] son indicativas, entre otras muchas, del empleo de modelos en el ámbito de la teología.

La idea de *modelo* presenta semejanzas y diferencias con las nociones de *tipos ideales* (Max Weber), paradigmas (Thomas S. Kuhn), categorías, símbolos, metáforas, analogías, etc. No existe en realidad una definición de modelo que pueda distinguirla netamente de todas y cada una de las nociones mencionadas. El modelo se solapa en alguna medida con todas ellas.

2. La actual importancia de los modelos en teología deriva de varios *factores*, que conviene considerar brevemente. Existe, en primer lugar, la convicción expresa de que la mente humana se enfrenta siempre con la realidad mediante la construcción y sucesiva comprobación de esquemas interpretativos (modelos).

Se encuentra, en segundo lugar, la percepción de la extraordinaria riqueza de los datos bíblicos, que proporcionan vías numerosas y alternativas para acercarse al núcleo del misterio revelado, sin agotarlo nunca.

Ha sido también determinante la situación de pluralismo teológico, en la que existen de facto diferentes planteamientos metódicos, diferentes tratamientos de los datos positivos (bíblicos, patrísticos, litúrgicos, etc.), y diferentes usos de las disciplinas relacionadas con la teología (filosofía, hermenéutica, historia, etc.).

Pueden mencionarse, en cuarto lugar, la reacción contra el sistema neo-escolástico y su rígido método de tesis, así como la superación de la teología polémica, y el paso a planteamientos más dialógicos. Se ha acentuado marcadamente la conciencia de la imposibilidad de alojar los contenidos de la Revelación en categorías cerradas y exclusivistas.

Existe finalmente la tendencia a matizar un estilo teológico, muy propio de la teología católica clásica, que ha pretendido una precisión excesiva, y podido caer a veces en un suave racionalismo. Se tiene hoy viva conciencia de que las categorías y conceptos teológicos en uso no son nunca descripciones absolutamente fidedignas o exactas de las realidades espirituales, igual que las fórmulas o teoremas de la física tampoco son descripciones literales de las leyes de la naturaleza y de su estructura interna.

6. *Blessed Rage for Order: the New Pluralism in theology*, N.York 1975.
7. *Christ and the Church: A Spectrum of Views*, «Theological Studies» 37 (1976) 545-66.
8. *Philosophical Models in Ecclesiology*, «Theological Studies» 39 (1978) 3-21.

3. Entendidos como esquemas de comprensibilidad, que —sin darse nunca puros— ayudan a formarse una idea de las realidades individuales y concretas (aunque éstas aparecen casi siempre mezcladas y confusas), los modelos teológicos nos sirven para descubrir o manifestar la realidad del misterio cristiano, o para representarnos los objetos interpretados.

La idea de modelo plantea inevitablemente la cuestión epistemológica de su relación con la realidad y con el lenguaje usado para expresarla.

No han de ser tomados literalmente, pero sirven para revelar las cosas que describen, y lo hacen con grados variables de adecuación al objeto. Pueden considerarse, por lo tanto, como aproximaciones nocionales a la realidad, y poseen un cierto grado de inmediatez epistemológica o cognoscitiva. Pretenden dar razón del conjunto bajo un determinado punto de vista, y no han de tener pretensión alguna de exclusividad. Suponen en definitiva un modo de pensar acumulativo y combinatorio, y recorren vías diversas y convergentes de acercamiento al misterio que buscan dilucidar.

Dado que son esquemas, representan una posición tendencialmente pura o un tipo ideal, pero omiten matices y cualificaciones. Poseen sin duda algo de artificial, como ocurre con los arquetipos y patrones.

Los modelos se pueden acuñar según épocas bien caracterizadas en la historia teológica de una doctrina o de una noción. Hablamos así, por ejemplo, de un modelo sapiencial, de un modelo científico, o de un modelo práctico de la teología. Pueden acuñarse también según rasgos permanentes del pensamiento humano, que puede ser analítico, sintético, dialéctico, etc. Cabe asimismo usar modelos extraídos de la experiencia mundanal, como describir la Iglesia a modo de institución, comunión, sociedad, pueblo, etc. La teología no posee un dominio propio del que extraer modelos.

4. Siempre han existido modelos en teología, o categorías paradigmáticas equivalentes. Casi todas las teorías teológicas han tenido o tienen en su núcleo un modelo determinado que las aglutina y organiza.

En teología trinitaria, por ejemplo, las Personas divinas se han explicado en Occidente mediante el modelo de la *relación*, y en Oriente mediante el de las *energías* divinas. San Agustín ha introducido el modelo de las operaciones anímicas de la persona humana para hacerse una cierta idea de las dos procesiones trinitarias.

La teología de la Redención ha utilizado y suele utilizar aún cuatro modelos para ilustrar el modo en que Jesucristo realiza la obra sal-

vadora: a manera de rescate (Orígenes, San Anselmo), de satisfacción vicaria (opinión patrística y medieval muy generalizada, e imperante en los autores protestantes), de sacrificio (San Agustín), y de mérito (Santo Tomás de Aquino, Concilio de Trento). Se estima hoy que todos estos modelos arrojan alguna luz sobre el contenido del misterio, pero que el esquema del mérito aclara y profundiza más que los otros.

El método de los modelos o paradigmas se ha aplicado también al estudio de la Cristología, para superar el método más analítico de los títulos cristológicos. Giuseppe Segalla lo ha usado asimismo para examinar la eclesiología del Nuevo Testamento[9].

No todos los modelos posibles sirven igualmente para la comprensión adecuada de una realidad cristiana o de un misterio de la fe. La verdad religiosa no ha de verse violentada en su naturaleza, significado y alcance por el intento de vincularla a un modelo que podría disolverla.

Así, por ejemplo, existen diversos modelos histórico-religiosos que son teóricamente aplicables a la idea general de creación. Serían la creación por nacimiento (1), como resultado de un combate o de una victoria (2), como acción o actividad (3), mediante la palabra (4), como irradiación a partir de un punto (5), como evolución espontánea, etc.[10]. Solamente los modelos 3 y 4 (creación como actividad, y creación mediante la palabra) son aptos para dar una idea correcta de la noción cristiana de Creación, que implica la ausencia de materia preexistente y postula siempre la libertad divina.

5. El teólogo debe usar los modelos que construye o hereda bien consciente de sus *posibilidades* y de sus *límites.*

La historia de la doctrina cristiana le presenta diversas alternativas, que son modos de conceptualizar o de expresar una realidad teológica. Estos modos de conceptualizar o de simbolizar el misterio pueden encontrarse más o menos cercanos al lenguaje y a las categorías, símbolos, alegorías y analogías empleadas por la Sagrada Escritura.

Deriva de este hecho una consiguiente mayor o menor libertad del teólogo para usar con acierto y éxito los modelos elegidos. Si se toman directamente del lenguaje bíblico, disfrutan de una importancia y de una vigencia teológica evidentes, y no podrían ser ignorados sin empobrecer e incluso maltratar el discurso. Son modelos (bíblicos) que de algún modo se imponen.

9. *L 'unitá della chiesa e la varietá dei suoi modelli nel Nuovo Testamento,* Commission biblique Pontifical (ed.), *Veritè e diversitè dans l'Église,* Vaticano 1989, 297-311.

10. Ver C. WESTERMANN, *Genesis 1-11. A. Commentary,* London 1984, 26-47.

Si en cambio han sido construidos por el teólogo en base a su propia inventiva y a su experiencia, presentan lógicamente una mayor relatividad, y podrían ser más fácilmente desechados, preteridos, u olvidados, como productos transitorios de un momento cultural.

Por ejemplo, la Iglesia como *pueblo* es un modelo teológico-bíblico que permite un acceso real y fidedigno al misterio eclesial, y ha de ser tenido en cuenta necesariamente en cualquier exposición sistemática. Sin embargo, modelos de la Iglesia como sociedad, institución, sacramento, mensajera, etc.[11], son modos de describir la Iglesia que han sido ideados por la teología de un determinado tiempo, y poseen menos importancia y un alcance representativo más limitado.

6. Concebido como opción básica descriptiva de un misterio de la fe, el modelo no puede pretender ningún tipo de exclusividad cognoscitiva, histórica o sistemática.

Epistemológicamente, es sólo una ventana hacia el misterio, que proporciona un determinado ángulo de visión. Sin el apoyo de otros modelos, un modelo concreto podría oscurecer el misterio en vez de iluminarlo. Presentar la Revelación según el modelo de «presencia dialéctica» apenas nos dirá nada si lo separamos de los modos de «doctrina», «historia», o de «experiencia interior»[12].

Históricamente, todo modelo ha sido precedido por otros, y por otros será sustituido en alguna medida. Lo normal y saludable es que siempre coexistan varios, porque los modelos se llaman y clarifican recíprocamente.

Bajo un punto de vista sistemático, no existe ningún modelo que sea capaz de vertebrar él solo una explicación teológica suficiente, ni de sugerir los aspectos fundamentales de un misterio.

Los modelos han de ser vistos y usados como accesos o entradas a un determinado espacio del único misterio cristiano. Una vez conectado intelectual o afectivamente con el misterio a través del modelo elegido, el teólogo debe tener en cuenta otros modelos solventes y adecuados para moverse en el misterio con mayores posibilidades de comprensión y de sintonía.

Los modelos teológicos no obedecen a consideraciones puramente apriorísticas, sino que derivan de la realidad ordinaria, mediada por la experiencia. Se apoyan, por lo tanto, en la S. Escritura, en las situaciones históricas, en la observación del mundo, y en construcciones simbólicas de la realidad.

11. Ver A. DULLES, *Models of the Church*, Dublin 1976.
12. Ver A. DULLES, *Ideals of Revelation*, Dublin 1983.

Son figuras o esquemas teóricos, extraídos de la realidad y elaborados por la mente. Hay entonces en el modelo un soporte experiencial, y un trabajo de la imaginación creativa. Con su ayuda nos conseguimos imaginar lo no observable.

7. No hay que olvidar, sin embargo, que así como el método de tipos ideales, usado con razonable éxito por Ernst Troeltsch[13] y Richard Niebuhr[14], no hace plena justicia a las complejidades, riquezas y matices de posiciones y características singulares, mucho menos aún pueden agotar los mejores modelos teológicos las honduras y aspectos inescrutables de un misterio de la fe cristiana.

La utilidad de los modelos exige que estén bien definidos, y delimitados con precisión, de modo que puedan distinguirse suficientemente de otros modelos alternativos. Pero este hecho no supone irreductibilidad o incapacidad de relacionarse unos con otros a través de la realidad que tratan de dilucidar.

Los modelos deben emplearse según un método de *inclusividad*, y de *jerarquía*. A efectos expositivos y de profundizar un tema teológico, conviene partir de un *modelo* determinado, que se juzga más expresivo y abarcante, y conectarlo después con otros modelos, que puedan complementar aspectos de los que el modelo primero no daría razón suficiente. Si hay una jerarquía de verdades cristianas, con mayor motivo debe haber una jerarquía de modelos teológicos.

Hay que mantener un *pluralismo de modelos*, no por el principio kantiano que declara incognoscible el objeto, sino porque todo modelo teológico es, por definición, una representación deficiente de los misterios de la fe, y por tanto una variedad de modelos es el mejor camino hacia la comprensión teológica. Todos poseen algo de adecuado y algo de inadecuado. Hay modelos de aspiraciones más perennes, y otros de condición más efímera.

13. *The social teaching of the Christian Churches*, N.York 1960.
14. *Christ and culture*, N.York 1956.